

HOMILÍA – 5º DOMINGO DE PASCUA

Misa a la Parroquia de San Pedro, San Francisco

Introducción

El 17 de abril pasado se llevó a cabo una ceremonia de beatificación en la Abadía Cisteriana de Casamari en Italia para el Beato Siméon Cardon y otros cinco monjes cistercienses que heroicamente dieron sus vidas para defender la santidad de la Eucaristía.

Martyres para la Eucaristía

Era el año 1799. Los soldados franceses en Italia durante las guerras napoleónicas saqueaban iglesias y abadías. Pronto los soldados invadieron la abadía de Casamari, donde el prior Siméon y sus hermanos vivían y adoraban a Dios. En un acto de violación deliberada, los soldados tomaron hostias consagradas y las esparcieron por el piso de la abadía. En ese terrible momento, Siméon y sus hermanos supieron qué era lo más importante en la vida: proteger y defender lo sagrado. Porque sabían, tanto en sus corazones como en sus mentes, que la hostia consagrada era el verdadero Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, actuaron. Con una sola mente, se apresuraron a reunir y proteger la Eucaristía. Los soldados abrieron fuego y los asesinaron a todos.

En ocasión de la beatificación, el Papa Francisco pidió a todos que nos inspiráramos en su sacrificio. Dijo: “[E]stos mansos discípulos de Cristo resistieron con valentía heroica, hasta la muerte, para defender la Eucaristía de la profanación. Que su ejemplo nos impulse a un mayor compromiso de fidelidad a Dios, capaz de transformar la sociedad y hacerla más justa y fraterna”.

Este es un buen ejemplo de la profunda conexión entre fe y acción. Si no actuamos de acuerdo con lo que decimos que creemos que es cierto, comenzamos a pensar que no debe ser realmente cierto. Nuestra fe se debilita. Nos alejamos de Dios.

Reanimación Eucarística

Es lo que nos manda San Juan en la segunda lectura de la Misa de hoy: “No amemos solamente de palabra, amemos de verdad y con las obras. Y es en esto que consiste la gloria de Dios. Escuchen de nuevo lo que nos dice el Señor en el Evangelio de hoy: “La gloria de mi Padre consiste en que den mucho fruto y se manifiesten así como discípulos míos.”

Eso comienza aquí mismo en la iglesia, en la Misa, en nuestra actitud hacia la Sagrada Eucaristía, cómo la abordamos y la tratamos. Este es el sacramento de nuestra comunión con él, pero, para comulgar con integridad, este acto tiene que expresar una comunión personal con Cristo que ya existe. De lo contrario, hacerlo sería mentira. Esto es lo que el Señor quiere decir en lo que nos dice en el Evangelio de hoy: “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante”.

Sin embargo, cuando se trata del *sacramento* de nuestra comunión con él, cada vez menos católicos creen en la presencia real. Es lógico, entonces, que no se comportan de una manera que sea consistente con esta creencia. Es por eso que los obispos estadounidenses han lanzado un proyecto de “reanimación eucarística”.

El Papa Francisco, también, a veces se lamenta esta mengua en la fe eucarística. Escuchen lo que dijo hace unos pocos años en su plática en una sus Audiencias Generales los miércoles:

La eucaristía es un suceso maravilloso en el cual Jesucristo, nuestra vida, se hace presente.... El Señor está ahí con nosotros, presente. Muchas veces nosotros vamos ahí, miramos las cosas, hablamos entre nosotros mientras el sacerdote celebra la eucaristía.... ¡Pero es el Señor! Si hoy viniera aquí el presidente de la República o alguna persona muy importante del mundo, seguro que todos estaríamos cerca de él, querríamos saludarlo. Pero pienso: cuando tú vas a misa, ¡ahí está el Señor! Y tú

Homilía – 5º Domingo de Pascua

estás distraído. ¡Es el Señor! ... ¿por qué en un determinado momento el sacerdote que preside la celebración dice: ‘levantemos el corazón’? No dice: ‘¡Levantemos nuestros móviles para hacer una fotografía!’. ¡No, es algo feo! Y les digo que a mí me da mucha pena cuando celebro aquí en la plaza o en la basílica y veo muchos teléfonos levantados, no solo de los fieles, también de algunos sacerdotes y también obispos. ¡Pero por favor! La Misa no es un espectáculo: es ir a encontrar la pasión y la resurrección del Señor. Por esto el sacerdote dice: ‘levantemos el corazón’.

El Sentido de lo Sagrado

Esto llega a algo más profundo: la pérdida del sentido de lo sagrado. Miren lo que sucede en nuestra sociedad, cómo afecta a todos: el desmantelamiento del matrimonio y la vida familiar, el derrumbe de la llamada a la paternidad, del respeto a la propiedad ajena, incluso sagrada, el desacato de los héroes de nuestra historia hasta el deseo de borrar la memoria de ellos.

Esta actitud se aplica también a la vida humana cuando es vulnerable, en todas sus etapas, y especialmente al comienzo, la vida en el útero. Los dos están profundamente interconectados: reverencia por la presencia de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, y reverencia por la presencia de la imagen de Dios en la vida del otro, especialmente los vulnerables, y especialmente aún más la vida en el útero, la más fácil de ignorar. Por eso ayer publiqué una carta pastoral sobre este tema, “Antes de formarte en el seno de tu madre, ya te conocía.” Por eso, como su pastor, debo hablar claramente sobre el asunto.

Si no lo decimos en serio cuando proclamamos nuestra fe, si no mostramos la fe en la forma en que tratamos y abordamos este Don tan preciado, se extenderá a todas las demás áreas de nuestra vida. Es el sentido de lo sagrado lo que subyace a todo: en unos momentos aquí en nuestra Misa, Jesucristo estará real y verdaderamente presente una vez más en el altar, su Cuerpo, Sangre, Alma y

Homilía – 5º Domingo de Pascua

Divinidad, bajo las apariencias del pan y vino. Tomar este precioso Cuerpo y Sangre dignamente significa que hemos renunciado y confesado pecados graves y buscado Su perdón en el sacramento de la Reconciliación. Y al consumir la Eucaristía le estamos diciendo al mundo que creemos que lo que la Iglesia enseña es verdad.

Conclusión

Es así que cumplimos el mandamiento de amarnos los unos a los otros no solamente de palabra, sino de verdad y con las obras. Es así que permanecemos en Cristo, y le damos fruto. Es así que damos gloria a Dios. Gracias a ustedes por su amor a Dios y por su compromiso a su fe católica.

Mientras vivimos y trabajamos por la justicia y la bondad en este mundo, en última instancia, no es este mundo lo que más importa, es la eternidad. No es la política lo que más importa, son las almas. No es la indignación lo que más importa, es la valentía para decir la verdad y defender lo más importante: la santidad de la Sagrada Eucaristía – y el carácter sagrado de todas y cada una de las vidas humanas, por las que murió Nuestro Señor Jesucristo.

Juntos, entonces, permanezcamos en Cristo, para dar testimonio a la realidad de su sacrificio presente en el altar en cada Misa y a la bondad del don de la vida humana, porque es así que alcanzamos nuestra última y única alegría: dar gloria a Dios y compartir Su vida en compañía de todos los santos por toda la eternidad.